

escuadra, á la cual no hubiese podido resistir aquella si los vientos y las tempestades no la hubieran dispersado (1587). Felipe II había querido aprovechar las disensiones que entonces desgarraban la Francia, para llegar á apoderarse de su trono; pero la conversión de Enrique IV puso fin á todas las dificultades, y el tratado de Vervins cerró para siempre Francia á los españoles (1598). Felipe II murió en ese mismo año.

CAPÍTULO XXXI.

PRINCIPIOS DE LA REFORMA Y GUERRAS DE RELIGIÓN EN FRANCIA; CARLOS IX; EL CANCELLER DE L'HOPITAL; LOS GUIZAS (1).

La reforma se introdujo en Francia bajo Francisco I, y efectuó con sus sucesores grandes progresos. Los reyes desplegaron gran severidad contra los innovadores, pero su falsa política paralizó ese celo que mostraban por la defensa y pureza de la fe. Mientras Francisco I y Enrique II perseguían á los reformados en Francia, los apoyaban en Alemania: esa conducta contradictoria, quitó toda eficacia á su acción. Por otra parte, muchos nobles se declararon en favor de los protestantes, creyendo sin duda que ese era el medio de llegar al poder supremo, reemplazando á la monarquía, casi absoluta entonces. Las pasiones políticas se ocultaron detrás de los intereses religiosos, y la guerra civil fué el fruto de esas disensiones. En tiempos de los débiles Francisco II y Carlos IX vamos á ver la odiosa política de Catalina de Médicis alimentar la discordia en beneficio personal de esa reina, y precipitar á Francia en los horrores de la anarquía.

§ I. — Principios de la reforma en Francia.

De la reforma bajo Francisco I (1520-1525).

— Las doctrinas de Lutero tuvieron al principio en Francia escaso eco. El poder real comprendió que el catolicismo era el único que podía defender el trono contra los facciosos que lo rodeaban. El pueblo no leía los libelos de los sectarios, y los teólogos se indignaban por sus atentados hasta tal punto que la Sorbona condenó en 15 de abril de 1521 las obras de Lutero, mandando quemarlas. El error no hizo presa en los

AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las historias generales de Francia, véanse las memorias contemporáneas de Montluc, Tavannes, la Noue, Castelnau, etc.; Audin, *Historia de Calvino*; de Haller, *Historia de la reforma protestante en la Suiza occidental*; Mainbourg, *Historia del Calvinismo*; Soulier, *id.*

comienzos más que en esos hombres superficiales, aficionados al estudio de las letras profanas, y que sólo conocían ligeramente la religión. El freno que la Iglesia imponía á las pasiones de los estudiantes, hizo que éstos se mostraran en su mayor parte favorables á las opiniones de los innovadores, y pronto la doctrina de Lutero halló defensores y apóstoles secretos, pero celosos, en las más célebres universidades. Luis Berquín tradujo en París el *Cautiverio de Babilonia*, y la ponzoña pasó de las escuelas á la corte que era muy licenciosa en aquella época. Los *Coloquios* de Erasmo, esa sátira animada y espiritual contra los monjes y el clero, eran leídos con avidez. Las damas y los gentiles hombres cantaban los salmos de Marot. Margarita de Navarra y Renée de Francia atraían á sus castillos á los jefes de la nueva religión, esperando hallar así prácticas menos molestas y moral más acomodaticia.

Francisco I se opone á la reforma (1525-1545).

— Es cierto que Francisco I se unió con los protestantes de Alemania contra Carlos V, obedeciendo á planes políticos; pero nunca aprobó sus doctrinas, en las cuales sólo veía gérmenes de anarquía, y por eso encargó al parlamento de impedir que se extendieran. En 1525 y 1526, se ordenó á los obispos que establecieran en su diócesis una comisión compuesta de dos laicos y de dos eclesiásticos para sofocar el error donde quiera que se manifestase. Al mismo tiempo se prohibió una traducción francesa de la Biblia, calcada sobre la de Lutero. Pero contra las personas no se ejerció acción alguna hasta 1535, época en que los protestantes pegaron en todas las paredes de París, y hasta en el mismo Louvre, un pasquín insultante. Ese libelo blasfematorio, que atacaba la misa y la transubstanciación, pareció revelar vasto complot; los principales autores de esa especie de conspiración fueron quemados ante la vista del rey y de la corte. Al año siguiente, Francisco I prohibió la imprenta, pero ante las observaciones del parlamento, se contentó con hacer censurar los libros. La facultad de París publicó el catálogo de los que sus doctores habían condenado desde la aparición del protestantismo. El rey sancionó

esa lista, y se prohibió á todos los libreros que vendieran ó imprimiesen dichas obras.

El protestantismo no realizó grandes progresos en Francia hasta que Calvino dió á luz su doctrina en su tratado de la *Institución cristiana*. Ese libro, que primero fué publicado en latín y traducido luego al francés, estaba dedicado á Francisco I, é iba precedido de un elocuente prefacio en favor de la tolerancia que Calvino debía practicar tan bien más tarde. La obra no carecía de arte y el estilo, que unía en ocasiones á la concisión de Tácito y á la habilidad de Séneca la armoniosa elegancia de Virgilio, era muy á propósito para cautivar á los humanistas. El autor pretendía probar que la nueva religión era tan antigua como el mundo, y había hecho lo posible por encontrar en la Escritura y los santos Padres base para todas las innovaciones que consignaba sobre la Eucaristía, la predestinación, los sacramentos y otros puntos de doctrina, devolviendo á la Iglesia romana el reproche de herejía y acusándola de haber falsificado en interés de su ambición la enseñanza primitiva de Jesucristo y sus apóstoles.

Después de la publicación de esa obra marchó Calvino á Ferrara donde fué muy bien acogido por la duquesa Renée de Francia, hija de Luis XII y mujer del duque de Este. Esa princesa estaba entonces en dificultades con el Sumo Pontífice, y recibía en su corte á Marot y otros reformadores franceses; pero un tratado de paz que firmó con el papa la obligó á desterrar á esos refugiados, y Calvino se alejó de su palacio, sin dejar por eso de mantener con ella activa correspondencia. Dirigiase aquél á Basilea cuando Farel, sabiendo que se hallaba en Ginebra, fué á dar con él y le ordenó que se quedase á su lado para acabar la reforma de los genoveses. Desde esa opulenta ciudad, ejerció Calvino particularmente su acción sobre Francia. Su enseñanza fué aceptada por la burguesía, la clase mercantil y la nobleza inferior en las provincias del mediodía, donde la doctrina de los albigenses y los escándalos del gran cisma habían mantenido violenta oposición contra la Iglesia romana.

En 1535, un año antes de publicarse el libro sobre la *Institución cristiana*, Francisco I, en interés de su

alianza con los protestantes alemanes, publicó el edicto de Coucy, que prohibía todo proceso por causa de religión. Ese edicto de tolerancia fué lo que permitió á Calvino dedicar su obra al rey; pero viendo Francisco I la rapidez con que se extendía el error, volvió sobre su acuerdo, y publicó el edicto de Fontainebleau (1540), por el cual declaraba criminales de lesa majestad divina y humana á los partidarios de Lutero y de Calvino, amenazándolos con los castigos más terribles. Esas palabras tenían por objeto intimidar á los innovadores, pues en la práctica ese decreto no fué aplicado con gran severidad.

Matanza de los Valdenses. — El parlamento de Aix no dió ejemplo de análoga moderación. Al contrario, en 1540 decretó la confiscación, el destierro y el exterminio de algunos grupos de antiguos valdenses, que vivían retirados en las montañas del Delfinado y de la Provenza, y que se habían unido con los calvinistas de Suiza y los luteranos de Alemania. El digno obispo de Carpentras, el ilustre y caritativo Sadolet, se conmovió profundamente al saber aquella nueva. Inmediatamente imploró en favor de los desdichados la clemencia del rey, y logró que se aplazase hasta 1545 la ejecución de tan terrible sentencia. Entonces, á pesar de las nuevas súplicas del piadoso relato, que había aprovechado aquel plazo para tratar de convertir, aunque casi sin éxito, á las mencionadas poblaciones, el presidente D'Oppède y el fiscal Guérin marcharon á la cabeza de treinta mil hombres, que mandaba el barón de la Garde, contra los burgos y aldeas que habitaban los sectarios. Hombres y mujeres, niños y viejos, todos fueron degollados. Cuatro mil personas murieron á manos de los asesinos y veintiocho pueblos quedaron reducidos á cenizas. El relato de esos espantosos horrores apesadumbró el alma de Francisco I, quien murió legando á su sucesor la venganza de aquellos excesos.

De los progresos del protestantismo bajo Enrique II (1547-1559). — Enrique II quiso castigar á los feroces asesinos de los valdenses. Sin embargo, el parlamento de París se mostró tímido y débil porque temió que su severidad fuera favorable á la causa de los

reformados. El presidente D'Oppède y sus cómplices fueron absueltos; el único condenado á muerte fué el fiscal Guérin, y eso como falsario. La opinión pública conocía, pues, las intenciones del rey, pero el espíritu de cisma y de herejía no dejaba de continuar progresando. Los movimientos sediciosos que estallaron en el Agénois, el Périgord, la Saintonge, la Gascuña y el Limosín hicieron presentir á Enrique II cuán temibles eran las nuevas ideas que se difundían por el pueblo. Así fué que dictó contra los sectarios su edicto de Châteaubriant (1551). A pesar de la severidad de ese acto, aquellos hallaron apoyo en Coligny, Dandelot, Condé y todos los grandes, trabajados por ambiciosos pensamientos. Asustado el cardenal de Lorena, propuso la Inquisición (1555). El parlamento empezó por negarse á tal medida, pero luego la adoptó, aunque con ciertas restricciones (1558). Pero todas esas medidas fueron impotentes contra el contagio, que por todas partes se hacia más grave. Inmediatamente después del establecimiento de la Inquisición, se atrevieron los reformados á reunirse públicamente en el Pré-aux-Clercs, y de allí partieron en procesión, y cantando salmos de Marot atravesaron todo París (1559). Varios miembros del parlamento se declararon en favor de los herejes, y por eso fueron sometidos á juicio. Entretanto, los protestantes de la isla de Francia, de Normandía, del Orleanesado, del Aunis y del Poitou nombraron diputados que se reunieron en París redactando una constitución de cuarenta artículos. Después pidieron ayuda á los príncipes alemanes, y formaron un verdadero Estado en el Estado. Enrique II murió cuando ya estaba á punto de estallar la guerra civil.

§ II. — *Guerras de religión. Carlos IX. El canciller de L'Hôpital. Los Guisas (1559-1574).*

Francisco II. Valimiento de los Guisas (1559). — El reinado de Francisco II fué corto, pero funesto. Como el rey era demasiado débil para gobernar por sí mismo, las facciones se disputaron el poder. Catalina de Médicis, que durante el reinado precedente había permanecido retraída, se convierte de pronto en una

potencia que todos los ambiciosos halagan. Los Guisas alcanzaron su valimiento, y de ese modo se convirtieron en depositarios del poder.

Conjuración de Amboise (1560). — Su absoluta privanza inspiró celos al condestable de Montmorency y á los duques de Borbón. Como los protestantes formaban ya un partido poderoso dentro del Estado, Condé resolvió unirse con el almirante Coligny, jefe de aquéllos, en provecho de su personal ambición. Proponíase derribar á los Guisas para reemplazarlos. El almirante quería mucho más, pues meditaba la ruina del trono y el establecimiento de la república. Pero se convino en que la primera necesidad consistía en ligarse contra los Guisas, á quienes los calvinistas odiaban, creyéndolos autores de todos los edictos dictados contra ellos. Así pues, conspiróse secretamente con el fin expuesto. Juan de Bari, señor de la Renaudie, que había pasado ya ante la justicia como falsario, se puso en persona al frente de la conjuración. Mas, fué indiscreto y el plan transpiró. El duque de Guisa, concedor del secreto, llevó la corte de Blois al castillo de Amboise, y esperó á pie firme á los conspiradores. Estos cayeron en el lazo y fueron todos exterminados.

Edicto de Romorantin. Prisión de Condé. — Los Guisas fingieron no creer en la complicidad de Condé y de los restantes príncipes, y los declararon inocentes. Habiendo muerto el canciller Olivier, diósele como sucesor Miguel de L'Hôpital, el hombre más moderado de su tiempo. Éste dictó el *edicto de Romorantin* (mayo de 1560) para prohibir á los jueces seculares el conocimiento del crimen de herejía, y hacer más suave la jurisdicción de los tribunales. Sin embargo, Francia entera se hallaba en fermentación precursora de horribles catástrofes. Convocóse en Fontainebleau la *asamblea de notables* sin obtener ningún efecto benéfico sobre los espíritus, y luego fueron reunidos en Orleans los estados generales (18 de octubre). El rey de Navarra y el príncipe de Condé, que no cesaban de excitar á la sedición, acudieron á ellos y fueron presos allí. Los Guisas deseaban hacer ejecutar á Condé y ya se había pronunciado su sentencia de muerte cuando vino á salvarlo la muerte de Francisco II.

Carlos IX. Regencia de Catalina de Médicis

— Nunca había necesitado Francia tanto como entonces ver á su frente un hombre capaz. Desgraciadamente, ese país perdía un rey débil y pusilánime para caer en manos de una mujer y de un niño. El hermano y sucesor de Francisco II, Carlos IX, no tenía más que diez años, y la regencia correspondía á su madre, Catalina de Médicis, que se apoderó ansiosamente del poder. Su divisa era que *para reinar precisaba dividir*. Con arreglo á esa máxima, opuso los Borbones á los Guisas, los protestantes á los católicos y sembró el desorden



Miguel de L'Hôpital.

para asegurar en sus manos la dominación. Su primer cuidado fué llamar de nuevo á la corte al condestable de Montmorency, devolver la libertad al príncipe de Condé, mostrar á Coligny la mayor deferencia y al mismo tiempo halagar á los Guisas.

do como canciller á L'Hôpital, magistrado muy serio é íntegro, que hubiese deseado imponer la tolerancia á ambos partidos. « Suprimamos, decía, esas palabras diabólicas, partidos y sedición, luteranos, cugonotes y papistas; no cambiemos el nombre de hristianos. » Personalmente se jactaba de gran imparcialidad, pero su mujer y la familia de ésta eran protestantes, y L'Hôpital experimentó más de una vez, sin darse cuenta de ello, la influencia de las personas que lo rodeaban en las medidas de conciliación que le fueron sugeridas por su carácter. Publicó el edicto de Romorantín, que impidió el establecimiento de la Inquisición en Francia, hizo más tolerable la jurisdicción de los tribunales respecto

El canciller de L'Hôpital. — Catalina había toma-

do como canciller á L'Hôpital, magistrado muy serio é íntegro, que hubiese deseado imponer la tolerancia á ambos partidos. « Suprimamos, decía, esas palabras diabólicas, partidos y sedición, luteranos, cugonotes y papistas; no cambiemos el nombre de hristianos. » Personalmente se jactaba de gran imparcialidad, pero su mujer y la familia de ésta eran protestantes, y L'Hôpital experimentó más de una vez, sin darse cuenta de ello, la influencia de las personas que lo rodeaban en las medidas de conciliación que le fueron sugeridas por su carácter. Publicó el edicto de Romorantín, que impidió el establecimiento de la Inquisición en Francia, hizo más tolerable la jurisdicción de los tribunales respecto

de los reformados, retirándoles el conocimiento del crimen de herejía para atribuirlo á los obispos.

Catalina atrajo á la corte á todos los señores que se mostraban favorables á las nuevas doctrinas, y toleró el ejercicio del culto protestante hasta en el pallacio del rey. El duque de Guisa, el condestable de Montmorency y el mariscal de San Andrés, asustados ante los peligros que corría la fe, formaron una liga para la defensa de la religión católica y de la unidad nacional. Á eso fué á lo que los protestantes llamaron *triumvirato católico* (abril 1561).

La reina, que temía á los Guisas y que no quería dejarles tomar demasiado ascendiente, continuó favoreciendo á los calvinistas. Á petición suya se reunió la conferencia de Poissy (9 de septiembre) en que Lainez y los doctores católicos convencieron á los reformados de hallarse en contradicción con las tradiciones respecto de la cena, pero sin obtener ningún resultado.

Habiendo estallado turbulencias en París y otras varias ciudades, la reina dejó, sin oponerse á esas violencias, que los protestantes saqueasen las iglesias, profanaran los vasos sagrados, rompieran los crucifijos y derribaran los altares. Y hasta pareció autorizarlas, ordenando que la burguesía de las grandes ciudades fuese desarmada, para que el pueblo no pudiera reprimir aquellos atentados.

El edicto de Enero de 1562 colmó la medida, prohibiendo el culto protestante en las ciudades y permitiéndolo en las campiñas. Los parlamentos comprendieron hasta qué punto era peligrosa esa medida contradictoria, y el de París no le dió el pase sino después de declarar que lo hacía por necesidad.

Matanza de Vassy. — Animados por esas concesiones, los protestantes siguieron más bien el espíritu que la letra de la ley, y sin tener en cuenta las condiciones del edicto, celebraron sus reuniones en París y en las demás ciudades. El duque de Guisa, que pasó por Vassy el 1.º de marzo de 1562, se detuvo allí para oír misa. Era domingo. Los calvinistas estaban orando en una granja situada cerca de la iglesia, é impedían con el cántico de sus salmos la ceremonia católica. El duque mandó á algunas de sus gentes para que les impusiesen

silencio en nombre del nuevo edicto. Prodióse una riña, y como el duque acudiera para calmar el tumulto, fué herido en el rostro. Al ver que corría la sangre de su señor, los servidores no pudieron contenerse, y lanzándose sobre los hugonotes mataron á varios é hirieron á algunos más. Los calvinistas exageraron el hecho, y en toda Francia se habló de la matanza de Vassy. Esa fué la señal de la guerra civil.

Para formarse idea exacta de lo que eran esas guerras religiosas que duraron más de treinta años, no hay que considerarlas como lucha de ejércitos regulares que se dan batallas más ó menos sangrientas, más ó menos desastrosas. La guerra reinaba en todas partes; se la hacía una ciudad á otra, un castillo á su vecino, una familia á la inmediata. Independientemente de las grandes batallas que la historia ha registrado, había una especie de guerras particulares que causaban mayor derramamiento de sangre que la lucha general, y que acumulaban más ruinas. No admitiendo los protestantes el culto de los santos ni el santo sacrificio de la misa, incendiaban las iglesias y destruían las pinturas y las imágenes donde quiera que dominaban. Todas las riquezas que la piedad de los fieles había acumulado en las iglesias, todos los objetos de arte que inspirara la fe, todo cuanto de más precioso existía en los santuarios más venerados, todo lo robaron, lo profanaron ó lo destruyeron.

Primera guerra civil. — El príncipe de Condé, que era uno de los jefes más ilustres del partido reformado, fué el primero en resolverse á hacer la guerra á su patria. Reunió, pues, tropas, é intentó apoderarse de la persona del rey. Pero no habiéndole salido bien esa tentativa, se arrojó sobre Orléans. Coligny, que había vacilado en alzar estandarte de rebelión, cedió á las instancias de su mujer y llamó á todos los reformados á las armas. Blois, Tours, Poitiers, Angers, Chinón y todas las ciudades del Loira, cayeron en su poder. La sublevación se extendió luego por Normandía, el Poitou, la Saintonge y las provincias meridionales. Los insurrectos aconsejaban la destrucción de las iglesias y de las imágenes, y el robo de los vasos sagrados, bajo el pretexto de que el culto de la Iglesia romana

constituía monstruosa idolatría que precisaba destruir. Poitiers, Bourges, Saumur y otras muchas poblaciones, fueron teatro de escenas espantosas.

Un sínodo de setenta predicadores, celebrado en Nimes por Viret, autorizó todos esos excesos y aun los declaró deber de los miembros de la nueva religión. En Montaubán, en Castres, en Béziers y Montpellier, donde estaban los protestantes en mayoría, prohibieron á los católicos el ejercicio de su culto. El barón de los Adrets, que se hallaba al frente de los reformados del Delfinado, aterrorizaba á esa provincia con las ejecuciones bárbaras que llevaba á cabo con extraordinaria facilidad. Después de la toma de Montbrison, obligó á los prisioneros que había echo á precipitarse desde lo alto de una azotea sobre las puntas de las picas de sus soldados. Habiendo uno de esos desdichados vacilado por dos veces antes de arrojarse, el de los Adrets le dijo en son de zumba: « Pareces ponerle mala cara. — ¡Eh! señor barón, quisiera ver si Vm. lo sabe hacer mejor. » Esa respuesta lo salvó.

Tales horrores provocaban espantosas represalias. Montluc en el Languedoc y la Guyenne hacía con los protestantes lo que el de los Adrets practicaba con los católicos. Cuantos rebeldes caían en sus manos eran ahorcados, y de ese modo señalaba su camino con tan tristes señales.

Como los católicos, mandados por el duque de Guisa, había tomado á los protestantes todas las ciudades del Loira hasta Tours, Condé y Coligny no vacilaron en abrir la entrada de su patria al extranjero. En efecto, llamaron en su auxilio á los luteranos germánicos, pidieron socorros á Isabel de Inglaterra, y le entregaron la plaza de Calais de que en mejores días se apoderara Guisa.

Esos antipatrióticos manejos no impidieron que el duque siguiera ganando terreno. Apoderóse de Ruán después de sitiarla, entregando la ciudad á saco durante ocho días y mandando morir á los jefes protestantes. Condé, que había recibido de Alemania 7,000 hombres de refuerzo, tentó en vano reparar aquella pérdida. Ya se dirigía al Havre, para recibir allí á los ingleses, cuando lo detuvo el duque de Guisa en Dreux, obli-

gándolo á combatir (19 de diciembre de 1562). Los reformados fueron deshechos y Condé quedó prisionero.

Asesinato del duque de Guisa (1563). — Del triunvirato católico no quedaba ya más que el duque de Guisa, pues el mariscal de San Andrés había sido muerto y el condestable de Montmorency hecho prisionero en esta última batalla. Dueño de Condé, el de Guisa lo trató con caballerosa generosidad, reconciliándose con él.

La reina madre había quedado más asustada que contenta al saber la victoria de Dreux, pues los Guisas le parecían demasiado poderosos, y su deseo hubiera sido negociar con los protestantes y proponerles una amnistía. Pero el duque continuó sus triunfos y se presentó á sitiar á Orleans, creyendo que, una vez dueño de esa ciudad, cortaría toda comunicación entre los protestantes del norte y los del mediodía. Allí le esperaba sin embargo la muerte. Un hugonote del Angoumois, llamado Poltrot de Méré, lo asesinó con gran alegría de los protestantes, y tal vez para cumplir las ordenes de Coligny (28 de febrero de 1563).

Paz de Amboise. — Con eso recuperó Catalina de Médicis su libertad de acción. Prisioneros Condé y Montmorency, ya no quedaba á su lado nadie que hiciera contrapeso á su poder. Hizo, pues, las paces con Condé en Amboise, y otorgó á los reformados el libre ejercicio de su culto en los dominios de los señores que tenían el derecho de administrar justicia y en una ciudad por distrito (12 de marzo de 1563).

Segunda guerra civil (1567-1568). — Dueño otra vez de su persona, Condé fué el primero en pedir que se aprovechase la paz para arrojar de Francia á los ingleses que él mismo llamara, expulsándolos del Havre. Catalina consintió, hizo declarar mayor de edad al rey, y lo acompañó luego á través de toda Francia (1564-1566), proponiéndose estudiar el estado de los espíritus y calmar las querellas. Al pasar por Bayona, celebró con el duque de Alba una entrevista que alarmó á los partidarios de Calvino, los cuales pretendieron que la reina había pactado con el general español algo que debía serles funesto, así como á

los protestantes de los Países Bajos. Según ellos, el duque de Alba aconsejó á la reina madre la muerte de todos los jefes de los reformados, añadiendo « que la cabeza de un salmón valía más que las de diez mil renacuajos. »

Condé y Coligny concibieron entonces el proyecto de separar al rey de su madre, con objeto, decían, de hacerlo hablar y proceder como á ellos les pareciese, cubriendo así ante la vista de la nación las apariencias legales. Al efecto embistieron súbitamente á Meaux, donde el rey se había retirado, pero los suizos formaron alrededor del monarca una guardia invencible, que nada pudo quebrantar, y lograron volver á introducirlo en París.

Como el complot había fracasado, el ejército protestante se adelantó hasta las puertas de la capital, que Condé se proponía bloquear. El anciano Montmorency le presentó batalla cerca de Saint-Denis. En ese encuentro murió el condestable, pero los católicos quedaron dueños del campo. La situación de Condé hubiese sido muy crítica, de no haberle enviado de Alemania el elector palatino 9.000 lansquenetes.

Paz de Longjumeau (1568). — Catalina de Médicis no había reemplazado al duque de Montmorency en el cargo de condestable, y carecía de ejército que oponer á las bandas extranjeras.

L'Hôpital, que siempre tenía en la mente ideas de conciliación, habló de paz, y ésta fué firmada en Longjumeau el 27 de marzo de 1568. Llamósele *la pequeña paz* porque sólo duró seis meses.

Los calvinistas la aprovecharon para reparar sus pérdidas. Continuamente se quejaban, mientras que en el sur perseguían á los católicos, arrojando de sus conventos á los religiosos de ambos sexos y de sus iglesias á los sacerdotes, y despojando los santuarios de sus riquezas, á la vez que degollaban á los fieles que caían en sus manos. No teniendo medios de pagar sus tropas, las mantenían con el producto de continuas deprecaciones, y se entregaban por mar á una especie de piratería contra todos los barcos católicos, sin preocuparse de que fueran franceses ó italianos, españoles ó portugueses. Y Condé llegó hasta sacar á pública

subasta los bienes eclesiásticos de las provincias en que dominaba.

En tal situación no era posible aceptar la política conciliadora de L'Hôpital. Éste perdió su puesto, y Catalina de Médicis dió principio á su tercera guerra.

Tercera guerra (1568-1570). — La reina dió el mando de las tropas católicas á su hijo, el joven duque de Anjou, que debía reinar después de Carlos IX con el nombre de Enrique III. Á su lado puso á Tavannes y á Birón, que debían guiarlo. Los reformados tenían todas sus fuerzas en la Rochela, que por su situación de ciudad marítima, les permitía recibir pertrechos y socorros de Inglaterra.

El mariscal de Tavannes marchó sobre la Charente y sorprendió la retaguardia de los hugonotes cerca de Jarnac (13 de marzo de 1569). Condé, herido en un brazo la víspera, acudió con 300 jinetes, haciendo prodigios de valor. Pero derribado de su caballo, murió á manos del capitán de guardias del duque de Anjou, Montesquiou, que le descerrajó á boca de jarro un tiro en la cabeza.

Después de esa derrota y de la pérdida de su general, los protestantes se desalentaron y quisieron encerrarse en la Rochela. Una mujer, Juana de Albret, les devolvió ánimos, presentándose en medio de ellos con su hijo el príncipe de Béarn, que debía ser más tarde Enrique IV y el joven Condé. « Amigos míos, les dijo al presentarles los dos mozos; hé aquí dos nuevos jefes que Dios os envía y dos huérfanos que entrego á vuestra custodia. »

El joven Béarnais no contaba sino quince años, pero era valiente, alegre y muy listo; los soldados y los oficiales se prendaron de él y lo proclamaron con entusiasmo su generalísimo. Coligny aceptó el puesto de consejero y lugarteniente del futuro rey.

Los reformados no habían perdido en Jarnac más que 400 hombres. Coligny recibió poco después un refuerzo de 13.000 alemanes, y pudo hasta tomar de nuevo la ofensiva. Cerca de la Rochela obtuvo un pequeño triunfo, y luego puso sitio á Poitiers. Pero el duque de Anjou logró hacerle levantar el asedio, y sorprendió al ejército protestante entre el Dive y el

Thoué, cerca de Moncontour (3 de octubre). De esta vez los hugonotes quedaron completamente deshechos, dejando 6.000 hombres en el campo de batalla.

Sin embargo, el almirante no quedó abatido por su derrota. Mientras su vencedor se apoderaba de San Juan de Angély, Coligny reanimó el furor de los sectarios en el mediodía, reconstituyó sus fuerzas y se presentó en Borgoña con toda la nobleza protestante del Delfinado y la Provenza.

Paz de Saint-Germain (1570). — Carlos IX se mostraba celoso de la gloria adquirida por su hermano. Por su parte Catalina, que tenía como política no permitir el triunfo total de ningún partido, volvió á su sistema de negociaciones. Los protestantes respondieron con arrogancia á las proposiciones que les fueron hechas, y obtuvieron mucho más de lo que podían esperar. Designáronse los puntos en que podrían edificar templos, se les habilitó para todos los empleos, y como garantía para el cumplimiento de esas promesas, se les entregaron cuatro plazas fuertes, la Rochela, la Charité, Montaubán y Cognac. Esas concesiones fueron firmadas en Saint-Germain-en-Laye el 15 de agosto de 1570.

La noche de San Bartolomé (1572). — Ante el edicto de Saint-Germain, el partido protestante manifestó satisfacción que no estaba exenta de desconfianza; así fué que sus principales jefes permanecieron reunidos para esperar la ejecución del convenio á que ya daban el nombre de *paz coja y mal sentada* (*mal assise*), porque los negociadores católicos fueron Biron, que era cojo y Enrique de Mesmes, señor de Malassise. Y la verdad era que esa paz no podía durar. El rey veía con disgusto las pretensiones del almirante de Coligny, jefe de los hugonotes, y consideraba á esa facción enemiga del poder monárquico. No teniendo medios de combatirla abiertamente, recurrió, como todas las almas débiles, á procedimientos bajos y criminales, y resolvió salir de sus apuros con un crimen. Catalina de Médicis, que sólo deseaba perpetuar su poder, creyó también que su interés consistía en ahogar en sangre al bando protestante, por lo cual atrajo á su corte á Enrique de Béarn y al almirante de Coligny, esfor-

zándose en seducirlos con sus lisonjas, y cuando se pareció haberles inspirado completa confianza, hizo firmar al rey la pena de muerte de los dos jefes, así como la orden de exterminar á todos sus partidarios.

Al hacerse una señal convenida, Coligny fué asesinado en su casa, y cómo el reloj de palacio diera inmediatamente las doce de la noche, que era el momento designado, empezó la matanza general de los protestantes (24 de agosto). Los asesinos se lanzaron á las calles, los hugonotes fueron asesinados en sus casas, y cerca de 4.000 fueron víctimas de esa espantosa ejecución. El rey de Navarra y el príncipe de Condé no se salvaron más que fingiendo abjurar.

Debe observarse que ese triste acontecimiento fué puramente político.

Al consejo en que se decidió esa medida sanguinaria no asistieron ni sacerdotes, ni obispos ni cardenales; los que la tomaron no tuvieron más fin que sus intereses particulares, y el clero no figuró en esas horribles represalias más que para protestar contra ellas siguiendo conducta completamente opuesta. Así fué que en Lyon y Tolosa los religiosos abrieron sus conventos á los desdichados proscritos, para darles asilo; en Lisieux, el obispo en persona tomó la defensa de los protestantes que residían en su diócesis. Nimes había visto por dos veces á los católicos asesinados por los protestantes de la región, y sin embargo, no por eso creyeron los primeros tener derecho para usar de represalias. Multitud de católicos de París no vieron en los innovadores sino hermanos, que la caridad les ordenaba poner á cubierto de la espada que en ese momento se hallaba suspendida sobre sus cabezas.

Muerte de Carlos IX. — Ese crimen no produjo el efecto que esperaban sus autores. Todas las personas honradas deploraron esas bárbaras violencias y los protestantes se hicieron aún más hostiles al poder real. En todas las ciudades donde los sitiaban las tropas de la corte, los reformados se defendieron con increíble furor. La Rochela, cuyo asedio dirigía el duque de Anjou, resistió veinte y nueve asaltos que costaron la vida á 40.000 hombres, y como en ese

entonces el duque fué elegido rey de Polonia, los dos bandos se apresuraron á firmar la paz (6 de julio de 1573). Carlos IX reconoció al recuperar su calma lo vergonzoso de los atentados á que lo arrastrara la política de su madre. El remordimiento penetró en su alma, y todas las noches tenía horribles pesadillas que turbaban su sueño y lo hacían delirar. Murió á la edad de 24 años (30 de mayo de 1574). Su enfermedad fué tan cruel que se creyó que lo habían envenenado; pero después de su muerte se abrió su cuerpo, y se vió que las sospechas no eran fundadas.

Resumen de este capítulo. — La reforma fué combatida en Francia por los soberanos, pero parte de la nobleza la sostuvo con pasión, aprovechando esas divisiones religiosas para sublevar á la nación contra el rey y retirar así á la monarquía todo su influjo.

I. Las doctrinas de Lutero penetraron en Francia bajo Francisco I. Ese príncipe tomó las más severas medidas para impedirles progresar. Los obispos recibieron orden de establecer una comisión particular en sus diócesis para sofocar el error donde quiera que se manifestase, y todos los libros heréticos fueron condenados. Sin embargo, el mal se extendió. Calvino se puso al frente de los innovadores y no tardó en ser jefe de una nueva secta que contó numerosos partidarios en Francia, Suiza, los Países Bajos y Escocia. Francisco I lo desterró, pero aquél se retiró á Ferrara, y luego fué á establecerse en Ginebra (1536). Los ginebrinos lo expulsaron de su ciudad, mas no tardaron en llamarlo, dejándole ejercer autoridad verdaderamente tiránica (1542-1564). Cuando se trataba de católicos que defendían enérgicamente sus creencias contra los errores de los sectarios, Calvino hablaba de intolerancia, y ninguna pena le parecía bastante grande contra sus adversarios. Sus escritos y libelos excitaban á los franceses á la rebelión, por lo cual Francisco I dictó un decreto contra los partidarios del hereje. El monarca no se salió por eso de los límites de la moderación y del derecho. El parlamento de Aix fué menos prudente é hizo exterminar á los Valdenses que vivían retirados en las montañas del Delfinado y de la Provenza (1545). Enrique II persiguió á los autores de esas matanzas, pero el parlamento de París no se atrevió á secundar al monarca. En el Mediodía estallaron movimientos sediciosos, Enrique II dictó su decreto de Chateaubriant contra los sectarios (1551) y el cardenal de Lorena propuso el establecimiento de la Inquisición (1555). Pero todas esas medidas fueron inútiles. Al morir Enrique II se pudo ver que iba á estallar la guerra civil.

II. El reinado de Francisco II fué tan corto (1559-1561) que ese príncipe no tuvo tiempo para ver organizarse los partidos, por una parte los Guisas y los calvinistas por otra. Catalina de Médicis procuró mantener la discordia entre los dos bandos, conforme á su máxima: *dividir para reinar*. La conjuración de

Amboise (1560) hizo presentir entonces los peligros que amenazaban al trono y á la nación. Sin embargo, la tempestad no estalló hasta el reinado de Carlos IX, con motivo de la mantanza de Vassy (1562). La guerra civil desoló el reino en tres ocasiones distintas: en la primera fueron derrotados los hugonotes por el duque de Guisa ante las murallas de Dreux (19 de diciembre de 1562), y Catalina les concedió la pacificación de Amboise (12 de marzo de 1563); la segunda fué célebre por la batalla de Saint Denis (10 de noviembre de 1567), y terminó con la toma de Longjumeau (29 de marzo de 1568); por fin, en la tercera el duque de Anjou se distinguió alcanzando las victorias de Jarnac (13 de marzo de 1569) y de Montcontour (3 de octubre), y la paz se firmó al año siguiente en Saint-Germain-en-Laye (15 de noviembre de 1570). Todas esas guerras terminaron por la matanza de la noche de San Bartolomé, que fué un hecho puramente político, del cual es la única responsable Catalina de Médicis, que había querido librarse primero del almirante de Coligny, y que, teniendo noticia del fracaso del complot, se decidió de pronto á aquella horrible acción. Carlos IX, que tuvo la debilidad de sancionarla, murió de remordimiento (1574).

CAPÍTULO XXXII.

LOS ESTADOS GENERALES. ENRIQUE III Y LA LIGA.
(1574-1587).

El reinado de Enrique III fué uno de los más deplorables de la monarquía; su debilidad dejó que las disensiones de que Francia era presa se envenenasen cada vez más, hasta el punto de que la nación entera se halló desde luego separada en dos bandos hostiles, los hugonotes y los católicos. Viéndose amenazados estos últimos en sus creencias por la inercia del rey, se unieron, según la expresión de los antiguos, *pro aris et focis*, y su liga tuvo por objeto al mismo tiempo la religión y la patria. Pero al lado de esos nobles sentimientos, se observan en aquellos desdichados tiempos multitud de pasiones estrechas y mezquinas que excitan profunda piedad. Hubo hombres bastante desdichados para buscar en esos tristes debates la satisfacción de sus intereses personales. Así, el hermano del rey, el duque de Anjou, se puso al frente de los descontentos y reunió á su alrededor una oposición que era más bien política que religiosa. Después de la muerte de ese príncipe, las debilidades y vacilaciones de Enrique III crean un partido diferente del de los calvinistas y del de los ligeros, de modo que el reino se halla separado en tres grandes fracciones: los reformados, que aspiran al triunfo de las nuevas doctrinas, los partidarios de la liga que sostienen la antigua fe de sus mayores, y los realistas, que siguen fieles á la monarquía, á pesar de las faltas y debilidades cometidas por ella.

§ I. — Desde el advenimiento de Enrique III hasta la muerte del duque de Anjou (1574-1584).

Carácter de Enrique III. — Cuando murió Carlos IX, Enrique III reinaba en Polonia, á donde lo llamaron después de sus victorias de Jarnac y de Montcontour. Así que tuvo noticias del fallecimiento de su hermano, se evadió de Cracovia como un fugitivo, apresurándose á presentarse en Francia para recoger su corona. En los primeros años de su vida mostró ese príncipe energía y valor grandes; pero una vez que se halló en el trono, se dejó enervar por los placeres, y se prestó ciegamente á todos los designios de su madre, Catalina de Médicis. Su debilidad y el rebajamiento de su carácter multiplicaron á su alrededor los desórdenes, y se vió al duque de Alençon, propio hermano del rey, ponerse al frente de los facciosos que habían tomado el nombre de *malcontentos*. Para dar mayor importancia á su partido, no vaciló en unirse con los protestantes reconociéndoles, en los tratados que firmó con ellos, principios republicanos que tendían á la anulación de la monarquía. El duque de Guisa, fiel á los sentimientos religiosos y patrióticos que su familia había defendido siempre con abnegación, tomó las armas contra aquellas dos facciones, y obtuvo sobre ellas una victoria en Château-Thierry, donde fué herido, lo que hizo que lo llamasen el *Acuchillado* (octubre de 1575).

Paz de Monsieur (1576). — Pero en vez de sacar partido de esa victoria, Catalina de Médicis se apresuró á recurrir á las negociaciones, y á pactar una tregua (20 de noviembre de 1575). El duque de Alençon estipuló las condiciones de ese convenio en nombre de los sediciosos. El rey se comprometía á entregar seis ciudades de garantía al partido de los descontentos y de los hugonotes, y á pagar lo que se debía á los alemanes que el príncipe de Condé llamara á su servicio.

Después de eso se presentó de nuevo la reina á la corte, donde manifestó, á pesar de lo humillante de aquella tregua, la misma alegría que si hubiese obtenido una victoria. El rey agotaba el tesoro en derro-